



UN MUNDO *bajo sus* ALAS



Junta de Andalucía

Consejería de Agricultura, Ganadería,
Pesca y Desarrollo Sostenible

UN
MUNDO
bajo sus
ALAS

EditorialSoldeSol.com | info@editorialsoldesol.com

Plaza Admón. Vieja 1, 1ª Izq. 04003, Almería

UN MUNDO BAJO SUS ALAS

© 2020, VV.AA

Editado por la Consejería de Agricultura, Ganadería, Pesca
y Desarrollo Sostenible de la Junta de Andalucía

Este proyecto ha sido coordinado por la Asociación de
Educación Ambiental El Árbol de las Piruletas

© Diseño y maquetación: Editorial SoldeSol

© Fotografía de cubierta: Pepe Rivera

Corrección: Marta Gutiérrez

Impreso en España – Printed in Spain

Diciembre 2020

ISBN: 978-84-122591-1-7 | Depósito Legal: AL 514-2021

Los derechos de este libro quedan reservados a sus autores. Pue-
de dirigirse a ellos para solicitar autorización si desea utilizar alguna
parte de este contenido.

UN
MUNDO
bajo sus
ALAS

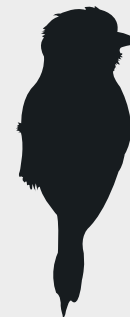


Junta de Andalucía
Consejería de Agricultura, Ganadería,
Pesca y Desarrollo Sostenible

CONTENIDO

PRÓLOGO de Raquel M. Espín Crespo	11
PRÓLOGO de Moisés S. Palmero Aranda	15
LA ISLA DE CENIZA. Juan Alfredo	19
AGUILUCHA. Antonio Aguilera Nieves	25
119 Araceli Garrido Aguilera	45
EL ANTIFAZ ENTRE EL CARRIZO. Carmen Hernández Ruiz	61
PALOMA. Celia Castro Castells	69
FÁBULA DE CICONIA NEGRA. Ana M. Negro Blanco	77
VUELA, VUELA... ERES UN ÁGUILA PERDICERA. Enrique Miguel López Carrique	95
MALVABLANCA. Enrique Fernández Martínez	113
EL VIAJE DE MIVIDA. Francisco J. Pérez Ruiz	125
ALGO PASA EN EL ESTRECHO. Francisco Silva Callejón	163
DIME QUIÉN ERES. Francisca Olivencia Fernández	183
POR UN PUÑADO DE EUZOMODENDROM. José Manuel López Martos	189
CIMARRÓN 20-20. Julio Hernández Gómez	219
El BÚHO DE LA SUERTE. Lola Callejón	239
El NIÑO Y LA CHARLA. Mariano Paracuellos	247
SEMILLAS DE PEREJIL. Maribel Navío	255
UN CERNÍCALO NADA VULGAR. Mario Sanz Cruz	273
EL REGRESO DEL PRIMILLA. Moisés S. Palmero Aranda	283
EL CASTAÑAR CENTENARIO. Francisco Palomares	299
AGRADECIMIENTOS	305

*El VIAJE de
mi VIDA*





EL VIAJE *de* *mi* VIDA

El sol se levantó en Alemania, y con él se activaron las aves, dueñas del aire, apresuradas a comenzar una nueva jornada de inesperados acontecimientos. Aunque poco sabía yo de eso, pues no llegaba a los 10 días de vida... Disculpad mis modales, me presento, mi nombre es Scirpy, soy un pollo de carricero común nacido en la exuberante ribera del río Elba, en un eneal¹ situado entre los pueblos de Gerwish y Biederitz, en pleno corazón germano. Hacía poco más de una semana, a finales de julio, que había decidido salir del huevo y unirme a mis tres hermanos mayores, con los que compartía nido mientras nuestros afanados padres se encargaban de mantenernos bien alimentados, limpios y seguros. Ese día me había despertado algo más cómodo que de costumbre, y me había fijado en que dos de mis hermanos habían decidido salir a estirar las alas, haciendo torpes revoloteos entre las typhas. Aunque era el más pequeño, no me podía quejar, la zona estaba repleta de insectos, por lo que mis padres no tenían problemas en

Carricero común (*Acrocephalus scirpaceus*)
FOTOGRAFÍA por Huberto García Peña.

¹ Terreno donde abunda la typha, un tipo de planta acuática con forma de caña.

cebarnos a todos. Además, siempre es agradable sentirte calentito por las noches entre tanto plumón, no como el nido de nuestro vecino, que fue parasitado por un cuco, un ave que tiene la fea costumbre de poner huevos en nidos ajenos y, al nacer, eliminan toda la competencia para recibir en exclusividad las atenciones de los confundidos padres adoptivos. ¡De la que nos habíamos librado!, pues los carriceros somos una de las víctimas preferidas para estos farsantes. Qué injusto es que sean ellos los que queden inmortalizados en relojes...

Los días pasaban, y solo quedaba yo en el nido, pero es que el mundo vertical de los carrizales no parecía tan acogedor como mi mullido cuquito. Eso sí, hacía unos días que las plumas de mis alas y mi cola habían crecido tanto que ya me incomodaba el reducido espacio, quizá fuese el momento de explorar mundo y vencer mis miedos. Con torpeza, me puse sobre el borde del nido y me despecé con un batir de alas. No estaba tan mal, así que intenté alcanzar una ramita... Y ¡hop!, hecho. Ahí me veía yo, en paralelo al suelo con mis dos patas bien agarradas a la caña. Qué suerte esta de la evolución, qué fácil me parecía una postura *a priori* tan incómoda. Los insectos empezaban a estar a mi alcance, y ¡vaya insectos! Los humedales son un auténtico hervidero de vida; desde la pequeña larva hasta el pesado jabalí, todos forman parte de una cadena de la que, particularmente, yo estaba disfrutando bastante.

No es que yo fuese un hijo especialmente mimado, los pequeños estamos curtidos desde el nido, pero echaba de menos a mis padres, cada día nos visitaban menos y desde el día anterior no sabía nada de ninguno de los dos. Mis hermanos y yo estábamos algo inquietos, pues sentíamos un impulso que nos invitaba a abandonar nuestro cómodo mundo y salir del enea. Locuras de juventud, imagino... Ya éramos unos feroces cazadores insectívoros, no había tígula o efímera que se me escapara. Me mostraba como toda una rapaz de 9,5 gramos sin nada que envidiar a ningún artista circense, pues eso de volar en espacios reducidos era un arte que tenía ya dominado.

Una mañana nos levantamos algo entumecidos, los días eran cada vez más cortos y las noches más frías. El sentimiento de salir a conocer mundo

se hacía cada vez más fuerte, como si una voz nos llamara desde un lugar lejano, pero era una llamada cálida, que nos aportaba seguridad y promesas... Creí que había llegado el momento, y tanto los hermanos como un gran grupo de congéneres nos dispusimos a salir a cielo abierto, dirección... bueno, eso no lo sabíamos, pero sin duda hacia el suroeste.

Una vez fuera de la protección de las cañas, mentiría si dijese que no sentí un poco de agorafobia², pero a los pocos minutos de notar la fuerza del grupo y el viento bajo mis alas ese miedo se transformó en libertad, el sentimiento más fuerte que he sentido hasta ahora. Era bonito ver desde arriba aquel meandro del Elba al cual había llamado hogar; las tonalidades verdes tanto de los campos como del agua pronto se tornaron grises y la ciudad de Neue Neustadt se mostraba como un extraño y ruidoso laberinto. Algo me decía que acababa de comenzar una aventura digna de ser contada... ¿Acaso no podía un emplumado de poco más de 12 centímetros tener su propia historia?

Era bonito sentir toda esa fuerza y ver esos preciosos parajes formados por campos de labranza que aprovechaban los últimos frutos del verano, salpicados de pequeños y pintorescos pueblos que, en muchas ocasiones, se confundían con el paisaje por sus verdosos techos adornados por el musgo de ese húmedo norte europeo. Precisamente en uno de esos pueblos hicimos un breve descanso, junto a una acequia de riego que parecía el sitio ideal para reponerse. Craso error... Tras unos minutos acicalando nuestro plumaje y tomando un aperitivo de larvas de mosquito, una sombra barrió nuestro descanso y un sudor frío, instintivo y paralizante recorrió mi quilla³. Se levantó el grupo, afectado por el mismo mal helador, y fue en ese momento cuando llegó la muerte desde arriba, como si los cielos nos fulminaran con un rayo... un cernícalo vulgar, rapaz pequeña especializada en aves en vuelo, sesgó el grupo llevándose a uno de mis hermanos, sin que ninguno pudiéramos hacer más que sentir la fuerza del aire cortado por ese bólico asesino. El ánimo, como mi alma, se rompió tras el suceso, pues el

2 Miedo a los espacios abiertos.

3 Saliente del esternón de las aves en el cual se insertan los músculos de vuelo.

mundo nos saludaba con sus dos caras, y la más amarga de ellas nos iba a cambiar para siempre. Ese desgarrador cuchillo que cortó parte de mí nos enseñaría que los cielos no son solo nuestros, y que la luz del día ilumina a algunos mientras que apaga para siempre a otros. Decidimos que a partir de entonces sería mucho más seguro viajar de noche.

Y con nuestro pequeño corazón acelerado, más que de costumbre, nos internamos en el bosque que rodea el estanque de Brunnenbacher, con la esperanza de que nos aportara protección y seguridad. Durante esa tarde nos mantuvimos alerta, y fue pasada la tensión inicial cuando la desesperación se apoderó de mí..., al nacer fue mi hermano la primera cara que vi, quien me animó a salir del nido y de quien aprendí a cazar y moverme entre el carrizal, y como una broma irónica yo me convertí en la última cara que vio, imposible y superada por el miedo. Sé que nada podía hacer, y eso me hacía sentir aún más pequeño, no mayor que los insectos que devoraba. El mundo es un lugar inmenso y por primera vez no me sentía cómodo con mi lugar en la cadena alimenticia.

Al caer la noche nos pusimos en marcha, con más cautela de la que solíamos tener, volando bajo y en pequeños grupos para no llamar demasiado la atención. Un contingente se desvió hacia el sur, uno de mis hermanos restantes, mucho más animoso y optimista que yo, se fue con ellos en dirección a la península itálica, no sin antes enfrentarse a los Alpes, una cordillera imponente que se mostraba ante nosotros como un muro infranqueable. Mi ánimo no me permitía ni plantearme tal hazaña, por lo que me mantuve con vuelo firme hacia el oeste, pasando sobre la ciudad de Frankfurt con dirección a Francia.

Tras intensos días de viaje, silenciosos y cabizbajos, llegamos a tierras francesas con el pensamiento de si ese viaje era lo correcto. Aunque sabíamos de sobra que no dependía de nosotros, y que un poder que no llegábamos a entender nos guiaba. Tras sobrevolar Estrasburgo y hacer escala en un bosque rivero del bajo Rin, en Alsacia, nos internamos en la campiña francesa y un viento cálido nos insufló esperanzas de nuevo, era como si, con cada aleteo hacia la desconocida meta, un sentimiento de bienestar nos inundara. Por fin comprendimos la dualidad de nuestra migración, y

cómo lo negativo y lo positivo son dos caras de la misma moneda que nos ayuda a madurar. Con esas renovadas fuerzas disfrutamos del país galo y de sus viñedos, que bien podían ser un aceptable sucedáneo de los carrizales que nos vieron nacer.

Es curioso cómo nosotros veníamos de nuestro pequeño mundo en el Elba, que ya quedaba tan atrás, pensando que éramos únicos o especiales, pero conforme completábamos jornadas del trayecto se nos unían grupos de otros lugares, mucho más lejanos, contando historias de un frío norte, más allá de un escueto pero tempestuoso mar, o de cómo otros habían sorteado montañas. Entre todas las historias, una nos puso las plumas de punta... se trataba de un carricero veterano que ya había alcanzado sus largos cinco años de vida, y entre vuelo y vuelo nos comentaba que no siempre fue tan seguro volar sobre Francia, que hasta hacía no mucho se tenían que enfrentar al peor de todos los peligros, el ser humano. Al parecer, estos seres impregnaban palitos con un extraño fluido del que no se podía escapar, y secuestraban a los que sucumbían a esta trampa. Nuestro amigo perdió a muchos compañeros así, nunca se supo nada más de ellos. Por suerte, la caza de pequeñas aves ya estaba prohibida en toda Europa, algo que, aunque no había hecho que desapareciese del todo, hacía mucho más complicado verse en esta terrorífica situación.

Y más sabios —y asustados— nos dirigimos hacia el sur, uniéndonos a más aves, entre ellas otros tipos de carriceros, algunos grandes y portentosos como los carriceros tordales, otros más semejantes a nosotros pero de melodioso e incesante canto como los carriceros políglotas. Incluso había unos muy pequeñines que se hacían llamar carricerines, con marcadas y llamativas cejas blancas, así como un curioso estriado que decoraba su espalda. Nosotros, los carriceros comunes, éramos muy discretos, aves de colores marrones pardos y lisos sin mucha floritura, con el vientre algo más pálido. Nuestro canto tampoco era una maravilla, algo ronco y repetitivo, pero teníamos cierta facilidad para imitar otros reclamos, y eso nos servía para hacer gracietas y enfadar a algún que otro compañero alado. También nos encontrábamos con grupos de mosquiteros; entre ellos destacaba el mosquitero musical, que hacía honor a su nombre solfeando escalas

ascendentes, o el mosquitero silbador, con su dulce trino y canto metálico. Era curioso ver la variedad de aves de aspecto parecido y costumbres similares que sentían la misma fuerza que nosotros, impulsándolos a viajar sin saber muy bien hacia dónde.

Unas jornadas más tarde sentí un *déjà vu*, pues frente a nosotros y en el extremo más meridional de Francia se levantaba la cordillera de los Pirineos, imponente como recordaba los Alpes semanas atrás, pero nos dispusimos a enfrentarlos con otro ánimo. Eso sí, estaba amaneciendo, por lo que decidimos descansar en un sotobosque a las faldas de las titánicas montañas, cerca del pueblo francés de Foix. Y tras hacerme hueco entre las ramas de un arbusto, pude ver dos luminarias hermosas, que nos seguían como si de dos lunas cercanas se tratara. Era hipnotizante y, a la vez, extraño, y más cuando de repente parecieron alzar el vuelo hacia nosotros, sin levantar el más mínimo susurro... De qué forma tan dura se aprenden en ocasiones las cosas, pues cuando quise darme cuenta de que esos focos atentos al despertar del alba eran los enormes y prodigiosos ojos de un búho, este ya se alejaba con un carricero tordal en sus patas, casi como si lo hubieran hecho desaparecer en un truco de magia, sin levantar mucho revuelo ni sobresaltar al grupo. Más me sorprendía aún que mi reacción fuera tan serena, pues lejos estaba ya ese pollito asustadizo que temía salir del carrizal. Había cruzado la mayor parte de Europa, convirtiéndome día a día en una fuerte pieza del engranaje majestuoso que es la migración.

El sol se alzó fuerte un día más, y con él, de nuevo, nos dispusimos a cargar las pilas devorando todo insecto que tuviera la mala fortuna de pasar cerca de nosotros. Es increíble la cantidad de estos bichos que éramos capaces de comer, pero no era de extrañar, el gasto calórico era impresionante, nuestro metabolismo estaba disparado y, conforme hacíamos kilómetros, el cansancio y la emoción se sumaban para crearnos una sensación envolvente y espiritual, dotando a ese peregrinaje de un significado que aún no podíamos entender, pero que sabíamos a ciencia cierta que era lo correcto.

Y así, antes de emprender de nuevo el vuelo nocturno, nos detuvimos a rehacer nuestras fuerzas mientras parloteábamos sobre lo que nos esperaba tras ese telón rocoso. Fue entonces cuando conocí a un pequeño

macho de papamoscas cerrojillo, un afable pájaro de aspecto sobrio con un plumaje negro y blanco limpio, ojos grandes e historias interminables, pues era su segunda «migración postnupcial», nombre que, al parecer, recibía nuestro viaje y que nos conducía a una tierra rica y cálida donde pasar el invierno, meses fríos en los que la abundancia de alimento y la benevolencia del clima de nuestros orígenes se torna en escasez y crudeza que hacen inviable la permanencia. Por fin poníamos sentido a nuestro camino, sabíamos que había una tierra prometida a la que llegar y que el viaje bien merecería la pena.

Además de darnos esperanza, nos relató con todo lujo de detalles el camino que debíamos seguir para evitar todos los peligros posibles. En primer lugar, nos desaconsejó subir las montañas; era posible, sí, pero también arriesgado, por lo que nos guio hacia el este, a un lugar llamado Perpiñán. Desde ahí empezábamos una nueva etapa, la española, en la que lo más conveniente era seguir la costa, salpicada de humedales en los que reponer fuerzas, y que nos llevaría inexorablemente a las puertas del mayor reto de nuestro éxodo.

Sin hacer muchas preguntas, más por miedo a las respuestas que por otra cosa, nos dispusimos a cumplir el plan, que no empezaba de la mejor manera, pues de camino a nuestro pasaje entre países nos topamos con una tormenta que, al igual que nosotros, había encontrado en los Pirineos un escollo por el que no le quedó más remedio que *plañir*⁴ toda la humedad que arrastraba, y que, junto a un viento desagradable y frío, nos hizo esa noche eterna y desapacible. Sentíamos como si nuestras alas no pudieran luchar contra ese enemigo invisible que nos zarandeaba sin razón, aliado con el agua, que nos hacía sentir pesados y torpes. A todo esto había que sumar los truenos, como tambores del infierno que nos hacían estremecer, y es que, con menos de 14 centímetros, esos estruendos parecían desgarrarnos desde dentro. No todos llegamos a ver la cara sur de las montañas, pues parecía que ese temido invierno lidiaba con nosotros en una carrera por la supervivencia, no apta para todos y sin tregua aparente, en la que solo los

4 Llorar.

más fuertes, preparados y, por qué no decirlo, con más fortuna, llegarían a su destino.

Aún la noche opacaba el día cuando atisbamos las luces de Perpiñán. Acabábamos de encontrar el paso prometido y, alzando la vista, se intuía España, el último tramo europeo antes de..., bueno, no lo sabíamos, pero presuponíamos, por las palabras de nuestro amigo cerrojillo, un reto que dejaría en meras anécdotas lo sufrido hasta el momento. La emoción nos embargaba, más aún cuando por fin superamos la tormenta y comenzamos a surcar los cielos catalanes, sin pausa, guiados por un olor lejano pero familiar. El día nos saludó con su luz, por una vez agradecida, pues ayudaba a secar nuestras plumas e insuflarnos energía. No cesamos el vuelo, algo nos atraía como un imán, y entonces apareció, el delta del río Ebro, un paraíso para las aves y un premio a nuestra constancia, sin duda. Era precioso, un brazo de agua ancho y extenso que se abría en abanico, como ofreciéndonos un abrazo, regando campos y creando vida, adentrándose en un mar que hacía contrastar esos tonos verdosos con un azul intenso, con brazos de arena que parecían firmar un trato eterno entre el agua dulce y la salada, como una tregua donde podíamos sentirnos acogidos.

No había cabida para el descanso, estábamos en éxtasis y solo pudimos empaparnos de ese lugar, de sus cañas y bosquetes de ribera, de sus playas y esas arterias de agua que venían de tierra adentro. Y de repente los vi, como figuras inmutables tras unos objetos oscuros, los humanos... pero no parecían peligrosos, por el contrario, se mostraron felices y agradecidos, como celebrando nuestra llegada. Entonces uno exclamó:

—Rápido, fotografíalo, es un macho de *Boscarla de canyar*.

Aquellos objetos que portaban se giraron hacia mí, ruidosos y destellantes, recordándome a la tormenta sufrida, pero sin daño aparente. Por unos segundos mi curiosidad me hizo permanecer ahí, impasible, hasta que decidí no jugar con la suerte y adentrarme en el cañaveral. ¿*Boscarla de canyar*? Vaya, parecía que era famoso y tenía mi propia denominación en cada tierra que visitaba, y no puedo negar que esa anécdota me hiciera mirar un poco por encima del hombro a aquellos pájaros sedentarios que vivían en la zona, ignorados por aquellos seres, probablemente por ser rutinarios y

conocidos en exceso, no aventureros, viajeros y con una vida apasionante como nosotros... Con el tiempo terminaría envidiando la *aburrida* vida de esas aves, pues el coste de la aventura es alto, sin duda.

Y sé que las cuentas no os fallan, perdí a uno de mis hermanos en garras de una rapaz; otro de ellos decidió probar suerte cruzando por Italia, espero que con éxito; pero aún estaba acompañado por mi hermano inmediatamente mayor, que aunque nos unía una relación muy independiente y casi distante, diría yo, los aromas, colores y sensaciones de ese lugar habían despertado en mí cierta añoranza por nuestro origen en el eneal del Elba, así que lo que quedaba de día y aquella noche me dispuse a pasarlas a su lado, sintiéndome como aquel pollito asustado y rosa que escuchaba a sus padres contar la historia de «que viene el cuco», escondiéndome bajo el ala protectora de mis consanguíneos. Fue un día agradable.

Tras unos días disfrutando de la abundancia que nos ofrecía aquel oasis, me dispuse a tomar camino con uno de los grupos. Mi hermano decidió quedarse unos días más, y me pareció el mejor momento para decirnos aquel temido «hasta luego», pues me iba feliz de haber exprimido esos inevitables últimos momentos juntos. Y partí camino al sur, siguiendo la costa y disfrutando de las vistas que distaban de los verdes oscuros, intensos y casi infinitos de Europa central, como si estos hubieran desteñido en una variedad inmensa de tonos verdosos y ocres, con majestuosos arrozales sobre el agua y un olor a azahar que nos embriagaba. Sobrevolábamos Valencia con cierta pausa, hasta llegar a su albufera, un entorno idílico donde hacer otra parada técnica. Una vez allí, me dispuse a limpiar mi plumaje en sus aguas, pero algo raro pasaba..., un amargo sabor a sal torció mi gesto... ¡Buaj! Pero qué desagradable sensación, pues esperaba el frescor del agua dulce y no el picor en las narinas⁵ de la salinidad intensa de ese lugar. Entendí que viajar tan cerca de la costa tenía cosas como esa, pero pasado el disgusto pude disfrutar de la zona, y entrar en coloquio con alguno de los lugareños emplumados. Allí conocí a Robin, un petirrojo que, sin saberlo, se convertiría en mi compañero de viaje; él había nacido allí, y parecía que se le iba a desencajar el

5 Fosas nasales de las aves.

pico cuando nos escuchaba hablar sobre nuestro viaje. No podía creer tantos peligros y aventuras, su vida había sido bastante más tranquila y sintió cierta envidia por no poder contarnos nada apasionante sobre sus días en la albufera. Animado por nuestros cuentos, se decidió a acompañarnos en nuestro viaje, pues prometió que a la vuelta tendría historias que contar a sus paisanos, ya que si Mahoma no va a la montaña..., en fin, ya conocéis el dicho, yo ni siquiera sé quién es Mahoma...

Ni corto ni perezoso, esa misma noche estaba azuzándonos para coger el camino. Dicho y hecho, volvimos a levantar el vuelo y nos dispusimos a tomar cielo. Robin estaba eufórico, demasiado quizá, y yo para atemperarlo le reiteraba también los malos momentos vividos en el viaje, las bajas sufridas y los peligros que tuvimos que sortear. Pero nada, todo eso parecía emocionarle más, como si esperara el momento de enfrentarse a su propia rapaz, o su tormenta perfecta. Mentiría si no dijese que aquella energía positiva nos animó a todos, y nos dio aires renovados para enfrentarnos al resto del viaje.

Seguimos bajando por el rico levante español, disfrutando de sus humedales y su variada fauna insectívora. Cada vez me notaba más fuerte y capaz de todo, la fuerza que nos empujaba era intensa y los oasis que encontrábamos en nuestro camino sin duda eran vitales de cara a afrontar las etapas venideras. Y con ese ánimo optimista me dejé llevar por el entusiasmo de Robin, que insistió en enseñarme un lugar al que fue semanas atrás; no estaba muy lejos y nos pillaba prácticamente de camino, así que acepté y nos dirigimos raudos con un grupo de valientes. Cierto es que no tardamos mucho en llegar, y nuestra sorpresa fue mayúscula, pues no conocíamos nada parecido en los lugares fríos de los que veníamos. Árboles extraños con troncos finos y copas que parecían caerse en tiras, como si de una serpentina se tratase, y un olor dulce que en mi memoria cultural evolutiva me transportaba a lugares que aún no conocía. Fue mágico y, por primera vez, nuestro inquieto amigo consiguió sorprendernos a nosotros. Acabábamos de entrar en el Palmeral de Elche, y su flora exótica, sus fuentes y su ambiente nos acogieron por unas horas, como un avance de lo que aún teníamos que descubrir.

De repente escuché un sonido grave y quejoso, como gorrión enfadado..., mi estómago me mandaba un aviso, era hora de comer, y es que los insectívoros somos de metabolismo rápido y necesitamos alimento constante. Me dispuse a rebuscar en aquellas palmeras y entonces vi proteínas muy por encima de mis posibilidades, una especie de escarabajo rojizo y grande, con una rara trompita, que se afanaba en mordisquear una de aquellas palmas.

—¡Un picudo rojo! —exclamó Robin.

—Y, ¿qué está haciendo? —pregunté intrigado.

—Están acabando con las palmeras. Ellas no son de aquí, fueron traídas de lugares lejanos, y con las plantas llegaron los picudos, que aquí campan a sus anchas sin nadie que se los coma.

Me pareció chocante que un bicho pudiera acabar con tal majestuosa palma, pero desde luego no sería yo quien le hincara el diente, ya me gustaría... Así que sin dejar que la sorpresa me distrajera de mi obligación alimentaria, me afané en cazar unos cuantos insectos más acordes al tamaño de mi pico y en relajarme a disfrutar del lugar.

Aquella noche dejamos atrás ese descanso turístico y volvimos al tema que nos competía. Nos reubicamos en dirección a la costa y camino al sur, disfrutando de cierta tranquilidad, ociosos y juguetones, en gran parte gracias a Robin y a esa inocencia tan pura con la que nos conquistó a todos.

Y así llegamos a Murcia. Muchos de los pájaros de la zona nos aconsejaron una parada en su Mar Menor, un lugar similar a la albufera, antaño rico, y punto importante de reunión de aves. Todo iba bien, pero sobrevolando el lugar algo nos asqueó: un fuerte olor a aceite, aguas verdes y unas algas oscuras colmaban la bastedad de sus orillas. Era como si ese fluido que creaba vida se hubiera convertido en un veneno. Algunos nos mirábamos, aún en vuelo, como esperando la respuesta a la pregunta que retumbaba en nuestro pequeño cráneo: ¿bajamos a este lugar o proseguimos el camino? Cierto es que pequeños subgrupos decidieron aventurarse a sus aguas, pues la jornada había sido larga y el cansancio empezaba a notarse, pero nosotros preferimos buscar otro lugar donde repostar, y fue siguiendo el río cuando dimos con diversos parques. Entre ellos

nos llamó la atención uno llamado *Jardines del Malecón*, por su cercanía al líquido elemento. Allí, en plena ciudad, encontramos un minúsculo recodo que nos ofrecía cierto amparo tras la decepción sufrida por el estado del Mar Menor. Y entre sus arbustos nos detuvimos a descansar, estirando las patas y acicalando nuestro plumaje, dejándonos llevar por la tranquilidad de los últimos días, error que nos costó un susto de los que no se olvidan...

Frente a nosotros, un grupo de humanos, esos seres que de momento se habían mostrado afables o, como mínimo, indiferentes con nuestra presencia, estaban echando de comer a nuestras rechonchas primas las palomas, aves con más buche que cerebro. Y fue ahí donde se mascó la tragedia. Las orondas y urbanitas palomas, acompañadas de algún gorrión, se quedaron haciendo lo que mejor se les da, comer todo lo que pillan, y en ese descuidado ímpetu no prestaron la atención que requiere estar en un espacio abierto. Mi ya dilatada experiencia me decía que algo no iba bien, notaba de nuevo ese sudor frío que tan malos recuerdos me traía..., y fue entonces cuando un remolino de polvo azotó el grupo de columbiformes⁶. Un animal rápido, ágil y fuerte, con el cuerpo recubierto de pelo y garras como cuchillos, se abalanzó sobre las desprotegidas emplumadas, que nerviosas y desorganizadas levantaron el vuelo en todas direcciones. Por una décima de segundo respiré al ver que ese animal, un gato, no tenía alas con las que perseguir a sus potenciales víctimas, pero no le hacían falta, pues con un salto cuatro o cinco veces su tamaño de alto agarró a una de ellas y desapareció entre los coches con la misma presteza que quebró la tranquilidad de aquella tarde. A Robin se le desencajó el rostro, por primera vez aquellos cuentos le mostraban la crudeza de las aventuras que quiso vivir, y cómo la vida y la muerte están ligadas en un complicado baile cuyos pasos no todos saben seguir.

La noche iba tiñendo de sobria oscuridad los cielos murcianos, y me acerqué a ver si mi petirrojo amigo se había repuesto del susto:

—¡Lo tengo! —dijo Robin.

—¿El qué? —pregunté.

—Si los gatos atacan desde el suelo y los cernícalos desde el aire, uno de nosotros debe volar bocarriba para controlar todos los flancos...

Robin parecía haber convertido aquella experiencia en un punto más sobre el que teorizar, pero sus locas y enfatizadas palabras nos hicieron esbozar una sonrisa. Una vez más sentí que su ánimo disipaba el pesar de nuestro viaje, y agradecí el momento en el que decidió unirse a nosotros. Sin más, alzamos de nuevo el vuelo.

Con presteza nos internamos en los cielos andaluces, extremo sur de Europa y trampolín desde donde dar el salto a nuestra siguiente etapa. Tierra rica en ambientes, desde el costero al montañoso, con una diversidad apabullante de humedales, zonas de cultivos..., hasta desiertos, zonas calurosas donde sobrevivir es un reto. Todo este impresionante abanico de posibilidades parecía haber encontrado un muestrario perfecto en Almería, donde distintas ramblas crean avenidas verdes de vida que serpentean entre las montañas y las sierras que las nutren, esquivando el páramo de Tabernas y acercándose a la costa, con el mar como destino. Sin duda, esta tierra debe de tener algo especial, pues empezamos a agruparnos con otras aves, algunas tan pequeñas como nosotros, otras grandes y coloridas como flamencos o garzas que bordean sus costas disfrutando de todas las posibilidades que estas ofrecen. Y ante tal escaparate de opciones, era complicado decidir dónde descender. Nos sentíamos privilegiados de tener a nuestros pies Cabo de Gata, Rambla de Morales o Punta Entinas, pero tal bullicio nos hacía desconfiar. Fue entonces cuando nos sorprendió un espectáculo visual que no esperábamos, pues de repente el suelo, con toda su riqueza, desapareció, quedando tapado por un manto blanco y yermo. Era como si la zona se encontrara en construcción y toda la belleza hubiera sido robada por unos pocos para su propio beneficio. Una curruca local dio nombre a tal despropósito: invernaderos. Estos encerraban campos de cultivo en plásticos para conseguir condiciones tropicales y cantidades vegetales ingentes con un uso mínimo de agua. No podía entenderlo, venía de visitar muchos lugares y en cada uno de ellos tenían sus cosechas adaptadas al clima, pero allí habían decidido

⁶ Orden de aves que incluye las palomas, tórtolas y afines.

exprimir Almería para dar de comer a gran parte de Europa, muy por encima de las posibilidades que la zona, por muy rica que fuera, se podía permitir. Entre un mar de plástico, se intuían dos cuencas como ojos de vida pidiendo auxilio. Las Albuferas de Adra nos susurraban quejidos de ayuda, y como un vaso de agua para un sediento nos lanzamos de cabeza a bordear sus orillas.

Una vez allí, teníamos sentimientos encontrados. Por un lado, el lugar era maravilloso y diverso, lleno de aves de ribera y con un constante coro de cantos que ponían banda sonora a ese oasis. Pero, por otro lado, se notaba la asfixia a la que era sometida, con plásticos tirados en sus orillas, verdura descartada pudriéndose bajo sus aguas, y una sensación de caducidad que nos hizo intentar disfrutar de todo el potencial de ese lugar por si el futuro lo impedía. Y así nos internamos en sus bosques de tarays, árboles de alto porte que nos daban una excelente cobertura, muy cerca del agua, donde carrizales inmensos nos ofrecían el lugar idóneo para pasar unos días.

Durante ese esparcimiento, Robin se mantuvo animado, contando chistes, a cada cual más malo, y haciéndonos olvidar las penurias.

«¿Por qué el pájaro temía volar? Porque era una gallina», «¿Qué pájaro puede saltar más alto que un árbol? Todos, los árboles no saltan»...

Vale, quizá nos olvidábamos de las penurias porque no podían ser peores que aquellos chistes, pero lo cierto es que nos sentimos como en casa una vez más.

Nuestra última mañana en el lugar, nos dispusimos a salir del carrizal e ir a cazar algunos insectos a la zona boscosa. Entre parloteos alzamos el vuelo, y fue entonces cuando una fuerza extraña nos detuvo en seco... Algo que no pude ver me había atrapado, una especie de red cómoda y suave me mantenía custodio junto a Robin, que, algo más nervioso, se revolvía buscando la salida, lo que lo enredaba aún más si cabe. No pasó mucho tiempo hasta que aparecieron dos seres, que al acercarse mostraron su identidad..., humanos. Estos, al vernos, se acercaron y gritaron:

—Un carricero y un petirrojo.

—Este está bastante liado —afirmó uno de ellos al ver a Robin.

Un miedo profundo me invadió, ¿sería ese nuestro final? Ya me advirtieron que los humanos no son de fiar, y no llegaba a comprender bien qué pasaba, pero de repente uno de ellos me liberó para meterme en una bolsita, algo que extrañamente me tranquilizó.

Dentro de aquella bolsa mi imaginación iba a mil por hora, pensando qué pretendían hacernos... No me quería imaginar cómo estaría el pobre de Robin. Al rato, la luz se hizo por uno de los extremos de mi cárcel temporal, y una inmensa mano humana me agarró. De repente, me vi frente a un grupo de estos extraños seres mientras uno me sujetaba y acercaba a mí un raro artilugio. Dándome vueltas, colocó algo metálico alrededor de una de mis patas, una especie de anillo con una rara inscripción. Por lo que escuchaba de esos monstruos, su idea era anillarme y tomar medidas, y así fue como empezaron a escrudriñar mi frágil cuerpecito, levantándome las alas y utilizando extraños aparatos.

—Edad, 3; sexo, 1... Medida de ala... 66,0 milímetros. Medida de tarso... 23,94 milímetros.

Fue entonces cuando empecé a sentirme incómodo...

—Peso... 13,5 gramos.

¿Cómo?... A ver, es cierto que llevaba unos días picando más insectos de la cuenta, y que estaba descuidando un poco mi forma aerodinámica, pero es que ese viaje requería de reservas. Y no contentos con tal descortesía, se atrevieron a soparme la pancita y gritar a los cuatro vientos:

—Uff, viene gordito... Grasa, 6.

Que no sé bien que será eso de «grasa, 6», pero no me hacía ninguna gracia, aunque en su defensa diré que también alabaron mi tono muscular, así que lo dejaremos en un empate.

Tras ese ratito y sin hacerme ningún daño, me soltaron suavemente y ya, estaba libre de nuevo y con una bonita anilla en mi pata que me hacía especial. Decidí quedarme por la zona hasta que vi emerger de una de las bolsitas al bueno de Robin, que tras pasar por un proceso similar fue soltado y pudimos reunirnos de nuevo.

—¿Has visto cómo les planté cara? —dijo Robin.

—Sí, parecías un auténtico alcaudón —bromeé yo.

—Pues otra historia que contar —comentaba él, orgulloso de su hazaña.

Pese al susto que nos llevamos, no sufrimos ningún daño y nos encontramos llenos de adrenalina, como si fuésemos don Quijote y su fiel Sancho Panza, y hubiéramos salido victoriosos de nuestra particular batalla contra los gigantes. A lo largo de la mañana, muchos más fueron anillados, teniendo al final del día una muchedumbre de aves luciendo orgullosas sus anillas, hablando sobre sus mudas⁷ o vanagloriándose de la entereza que demostraron ante el desafío humano. Sobra decir que Robin era quien más ruido hacía, henchido de orgullo por su proeza, algo que me alegraba ver. Estaba consiguiendo las historias que tanto ansiaba poder contar en un futuro.

Esa noche nos mantuvimos por la zona, y al día siguiente nos abordó uno de los dilemas más duros de nuestro viaje. Hasta entonces habíamos estado yendo hacia el sur, con ligeras desviaciones para sortear montañas o dirigirnos a lugares estratégicos donde descansar, pero por primera vez el sur se mostraba como un vasto mar sin final, por muy alto que volásemos nuestra vista solo veía agua, y la duda nos encogió el pecho. Es cierto que esa brújula interna que fielmente me había guiado todo el camino ya recorrido me empujaba con fuerza hacia esa terrorífica masa de agua, como un salto de fe al vacío, pero mi sentido común me alertaba de que podría estar aventurándome a un callejón sin salida.

A lo largo del día hubo grupos que se pusieron en camino, algunos animados se atrevían a volar sobre el líquido elemento, mientras que otros pelotones nos aseguraban que existía un paso seguro hacia el oeste, lejos, pero que merecerían la pena los días perdidos para tomar dicho desvío. Nos encontrábamos, nunca mejor dicho, en un mar de dudas; por un lado, teníamos el camino más directo pero a la vez incierto, y por otro, un amplio desvío que nos prometía seguridad. El sol se iba poniendo, agotando el tiempo para decidirnos, y fue entonces cuando recordé cómo mi valiente hermano se atrevió a enfrentarse a los Alpes, y como si de una especie de homenaje se tratara, me lancé sin decir ni pío hacia ese horizonte que mis

ojos no veían pero mi corazón me mostraba. Robin, al verme, no dudó, y acompañado por un pequeño grupo siguieron mi estela.

La noche transcurrió sin ningún contratiempo. Es cierto que notábamos el aire diferente, como más pesado, y que la humedad se introducía en nuestro cuerpo, entumeciéndonos las patas y condensándose sobre nuestro plumaje. El mismo nerviosismo de lanzarnos a esa nueva aventura nos mantuvo calientes, enérgicos y tenaces en nuestro vuelo, pero pronto se apoderaría de nosotros el más intenso miedo. Pasó la noche, se alzó el sol y, como solíamos hacer, nos dispusimos a buscar un lugar donde descansar, pero ni rastro de tierra por ningún lado, solo agua y desesperación. Las primeras horas nos miramos en silencio mientras manteníamos rumbo, pero conforme se acercaban las últimas horas de la tarde, nuestras fuerzas empezaban a flaquear. Recordad que os comenté la necesidad de comer constantemente de los insectívoros como nosotros, si bien es cierto que nos habíamos atiborrado antes de salir, llevábamos cerca de 24 horas de viaje sin parar, y el ánimo de algunos se esfumó como sus fuerzas. Ver caer al mar a compañeros de viaje con los que había compartido los últimos días, si no semanas, era devastador... Por primera vez, un mal invisible y al que no podíamos hacer frente nos estaba cazando, y la noche cerrada nos envolvió como un manto de muerte. Las horas pasaban y cada vez me costaba más aletear, como si pequeñas agujas se clavaran en mis pechugas con cada movimiento de ala, y mi preocupación era doble.

—Robin, ¿estás bien? —pregunté preocupado.

—Sí, Scirpy, pero me cuesta coger aire —respondió mi fiel amigo con la respiración entrecortada.

—Aguanta un poco, piensa en tu historia de aventuras. ¿qué harás cuando lleguemos?

—...

—¿Robin?... ¿Robiiin?!

Nunca un silencio había dicho tanto, y mi cuerpo, cual pequeña maraca, vibraba de cansancio, frío y miedo. ¿Acaso mi testarudez habría empujado a Robin a la muerte? Me sentía egoísta, como un traidor que había

⁷ Cambios estacionales en el plumaje de las aves.

arrastrado al final más triste a su amigo por orgullo. Recuerdo que fue la noche más oscura que he vivido y que, en medio de aquella opacidad, una tenue luz nos atrajo como a polillas.

—¡Tierra! —gritó uno de los aún supervivientes.

Mi cabeza, perdida en la inmensidad del mar, creyó estar soñando; y con las pocas fuerzas que me quedaban, sin saber ni cómo, me abalancé contra aquella mínima esperanza... Es lo último que recuerdo de aquella fatídica noche, después, un golpe seco y el vacío. Un desmayo que me hundió en un hoyo de culpabilidad.

Los primeros rayos del sol pasaron desapercibidos para mí, sumido en un profundo sueño, pero conforme el astro rey se imponía en lo más alto del cielo, el calor de la tierra me hizo despertar, pudiendo ver una gran torre que se alzaba frente a mi pico. Posiblemente fue eso con lo que había colisionado la noche anterior. Cuando me repuse y pude ver que aquella construcción era un faro humano —de donde salió la luz que nos salvó—, y que no había llegado al continente, me encontraba en alguna especie de islote en mitad del mar. De repente, se me acercó otro viajero, una collalba gris mucho más repuesta que yo, que, tras darme un reponedor aleteo en la espalda, puso nombre a aquella roca salvadora, Alborán.

Ese nombre resonaría en mi cabeza como un arca de salvación en medio de un diluvio, pues esos 0,07 km² se convirtieron en vida para todos nosotros, lo único que evitó que termináramos encontrando un agónico final en el agua. Pero no había celebraciones para mí, todo carecía ya de sentido por la pérdida de mi amigo Robin y la culpabilidad que me atormentaba. Fue entonces cuando ese nuevo compañero de viaje me invitó a la zona baja de la isla, donde habían encontrado un festín que nos venía como maná caído del cielo.

—Chico, nunca has probado saltamontes como los de esta isla —dijo la collalba.

—Tengo el estómago cerrado, pero sé que debo hacer el esfuerzo de comer.

—Eso mismo dijo el petirrojo cuando despertó.

Mis ojos se abrieron como los de un mochuelo...

—¡El petirrojo!... ¿Te refieres a Robin?!

—Sí... Creo que así dijo que se llamaba...

Creo que nunca había volado tan rápido, digno de un halcón, y al pasar un peñasco, allí estaba, cabizbajo pero inconfundible. Robin, ese pequeño y rechoncho suertudo que acababa de insuflar vida de nuevo a mi corazón.

—¡Robin! —grité al verlo.

—Pe.. pero... ¡Scirpy! Pensaba que habías...

No pudo terminar la frase, pues me abalancé sobre él y envidié enormemente la capacidad de abrazar. Estábamos exultantes de alegría, era como una segunda oportunidad que nos daba el destino. Fue un momento reparador, que nos llenó de fuerzas... Vale, los saltamontes también ayudaron, y cierto era que nunca los probé igual, ni de calidad ni de cantidad. Nos pusimos las botas y los últimos acontecimientos nos volvieron, sin duda, más fuertes.

Esa tarde estuvimos conversando con la collalba, que nos animó muchísimo al contarnos que era la tercera vez que realizaba la migración cruzando el mar, y que nos encontrábamos justo en medio del mismo, por lo que nos faltaba la mitad del camino. Robin y yo nos miramos, pero ya no había temor en nuestros ojos, sino la tranquilidad de saber que podemos conseguir lo que nos propongamos.

Nos quedamos en la isla esa noche y parte del día siguiente para descansar, y antes del que el sol empezara a ponerse, decidimos coger camino. Esa noche, y de nuevo sobre las aguas, decidí volar cerca, muy cerca de Robin, casi entorpeciéndonos el uno al otro, pero no estaba dispuesto a perderlo de nuevo. Ya con el sol en lo más alto, seguíamos nuestro camino, y fue entonces cuando las vi..., una hilera inmensa de miles de pardelas cenicientas, unas aves marinas extraordinarias que estaban realizando su propia migración hacia el oeste, buscando la costa atlántica. Nuestra amiga collalba, sabia en este tipo de viajes, nos comentó que venían de sus islotes de cría, las Chafarinas, y que pasaban gran parte de su vida sobre el mar, surfeando las olas a ras de agua mientras pescaban, y formando balsas donde descansar y conversar. Desde luego, el mundo está para los que deciden disfrutarlo, y sentía que de esa migración saldríamos siendo aves diferentes a las que la

empezaron. Habíamos visto y vivido gran cantidad de aventuras y, pese a todas las penurias, no me arrepentía de nada.

Entre divagaciones y algún chiste de Robin que, por caridad, evitaré contar, empezamos a divisar a lo lejos la imponente costa africana, y así se nos fue haciendo de noche y empezamos a acuciar el cansancio, cuando un brazo de tierra pareció ofrecernos una mano. Era el Cabo Tres Forcas, un imponente promontorio en cuyo seno una ciudad iluminaba más que el resto y nos transmitía un familiar aroma europeo: Melilla. Cogimos tierra en una zona de carrizal a lo largo de su río de Oro y cerca de unas huertas abandonadas protegidas por unas densas y espinosas acacias, un lugar perfecto para nosotros que nos brindaba la protección y el alimento que necesitábamos en esos momentos de agotamiento.

A la mañana siguiente y ya con luz, pude ver el aspecto de Robin, el pobre estaba desaliñado, el viaje fue una dura prueba para él, que aun así superó, y manteniendo su ya famosa cara amable e inocente. Nos dispusimos a salir del carrizal, donde mi amigo petirrojo no se sentía muy cómodo, para explorar las huertas de la ribera, y fue entonces cuando volvió a pasar..., nos vimos de nuevo suspendidos en una red de anillamiento. Parece que en la época migratoria es cuando más sentido tienen estos anillamientos, que buscan, entre otras cosas, aportar luz precisamente a estas rutas que diferentes especies decidimos seguir para llegar a nuestros cuarteles de invernada. Robin y yo ya éramos unos veteranos en esto de los anillamientos, además de que esos humanos se alegraron enormemente de ver que ya teníamos una anilla en nuestra pata. «Recuperación» nos llamaron. Tras la fiesta que montaron al leer nuestra alhaja, nos tomaron las medidas pertinentes sin mucho cambio por mi parte, pero cuando le tocó a Robin se hicieron eco de su debilidad, además de que sus reservas de grasa estaban bajo mínimos. Todo esto me preocupaba, quizá mi compañero se estaba exprimiendo de más en buscar aventuras que podrían llevarle a un triste final.

Pasamos unos días cebándonos en la zona, contando las hazañas de nuestro viaje, y viendo poco a poco como Robin recuperaba un aspecto saludable. Él estaba convencido de que habíamos llegado a nuestro destino,

pero en mi corazón yo sabía que tarde o temprano debería continuar hacia el sur, y que Robin, por su bien, no podría acompañarme. Con mi secreto decidí disfrutar de los últimos momentos juntos, como ya hice con mi hermano un tiempo atrás.

—Scirpy, ¿qué haremos este invierno? Dicen que río arriba hay un pinar estupendo, ¿podríamos visitarlo! —planeaba Robin.

—Sí, amigo mío, es una buena idea.

—Va a ser genial pasar los meses fríos en esta cálida ciudad, es una suerte que sigamos juntos. No nos separaremos nunca, ¿verdad, Scirpy?

Me rompía el corazón no poder decirle aún la verdad.

—Sí, Robin, tú siempre serás mi mejor amigo...

Sabía que tarde o temprano tendría que contarle la verdad, pero el sentimiento que tenía hacia él era más que de amigos o de hermanos, sentía que era mi pupilo, que fui la columna a la que se agarró cuando me lo encontré solo en un lugar al que él no sentía pertenecer, y me daba miedo dejarlo con la misma sensación de soledad.

Un día temprano decidí despertarlo y le animé a ir a aquel pinar del que tanto había hablado. Un rato después llegamos a los pinos de Rostrogordo, una zona de esparcimiento humano en la ciudad autónoma, salpicada de fuentes y pequeños lagos artificiales, barrancos flanqueados por plantaciones de araar y acebuche, con laderas lentiscales y hermosas flores, y, por supuesto, pinos no muy altos en los que Robin disfrutó como un pollito, volando tras los piquituertos, aves especializadas en comer piñones de estos árboles con su formidable pico en forma de tijera. Fue en ese lugar donde decidí contarle lo que me atormentaba desde hacía días:

—Robin, debo decirte una cosa.

—¡Hoy es el mejor día de mi vida! —gritaba sin atenderme.

—Robin, es importante, tengo que contarte que...

—¡Mira! ¡Un pinzón! —me interrumpió.

—¡Robin! He de irme... Sigo camino al sur...

—...

Mi joven amigo enmudeció, con una expresión triste como nunca le había visto. Fue entonces cuando dijo:

—Lo sé, sé que debes irte y que allá donde tú vas no puedo seguirte...
—lamentó Robin sollozante.

—Robin, ¿recuerdas lo que te dije? Tú siempre serás mi mejor amigo, y esto no es un adiós, sino un hasta luego... No sé cómo, pero sé que volveremos a vernos, lo siento dentro de mí...

—Scirpy, recuerda, para estar a salvo siempre debe volar uno mirando al suelo y otro al cielo...

Y con esta frase me miró, sonrió y se perdió entre los pinos... Sentí tristeza y a la vez supe que había hecho lo correcto. Él estaba seguro y tenía mil historias que contar, no podía seguir arrastrándolo en mi camino, no podía... ¿A quién quiero engañar? Robin me había salvado más veces a mí que yo a él, siempre encontraba la frase perfecta para quitar importancia a lo malo, siempre engrandecía nuestros logros y, sinceramente, no creo que hubiera podido llegar hasta donde estaba sin tenerlo a mi lado. Estaba haciendo lo correcto, pero a la vez sentía que una parte de mí se quedaba atrás. Con el corazón roto, alcé el vuelo sin mirar atrás, esperando que algún día el destino o la migración nos unieran de nuevo...

Con el corazón rasgado, bajé el río hasta reencontrar al grupo, que ya estaba listo para continuar el camino al sur, enfrentándonos a lo que el continente africano nos deparara. Salimos de Melilla, abandonando el último recuerdo europeo, y en el aire pudimos ver el entorno que nos rodeaba, levantándose al sudoeste el monte Gurugú, un durmiente volcán, cima de la península de Tres Forcas por donde pisamos tierra africana por primera vez. Dejamos también al este la inmensa laguna de la Mar Chica, un mar salino interior, paraíso para aves limícolas⁸ y asociadas a ambientes acuáticos que, aunque podría ser un lugar estupendo para descansar, aún no necesitábamos porque estábamos frescos y con ganas de hacer kilómetros, y os aseguro que los hicimos... Estábamos en Marruecos y, siguiendo al sur, con África a nuestros pies, podíamos sentir como todo había cambiado. La tierra ahora había pasado de ser una paleta de tonalidades verdes

a un abanico de ocres y marrones. Estos parajes, pese a parecer desérticos e inertes, estaban compuestos por llanos arbustivos y azofaifales⁹, estupendos para aves esteparias y con una riqueza muy por encima de la que cabía esperar. Algunos embalses como el del Arabet nos daban confianza para seguir volando, pues, aunque no nos detuvimos en ellos, era importante saber que entre los grandes secarrales podíamos encontrar fuentes de agua. Y con el ánimo de quien emprende una nueva aventura, intentando dejar atrás la tristeza, seguimos disfrutando de los cielos marroquíes, pasando por ciudades que, conforme te internabas en el continente, se alejaban de las urbes europeas, confundiendo con el entorno, con edificaciones del color de la tierra y fuertes y especiados olores.

Diferentes conjuntos montañosos en nuestro camino nos obligaban a tomar ligeros desvíos hasta llegar a nuestra primera parada técnica en el embalse de Mechra Hommadi, reservorio del agua perteneciente al río Muluya, una de las principales arterias hídricas de la zona. El entorno allí no era muy diferente al de España si permanecías cerca del agua, donde las riberas se mostraban ricas en follaje, así como en variedad de insectos, pues he de decir que, sin duda, es cierto eso que comentan de que la comida marroquí es exótica pero sabrosa, ¡qué maravilla de invertebrados!... Con este buen sabor de boca nos dispusimos a pasar el día en la zona, disfrutando de la compañía de fochas cornudas, pequeños zampullines, espátulas, tarros canelos y todo tipo de garzas y anátidas¹⁰. Un vecindario idílico, con un bullicio de cantos y reclamos que me hacía sentir cómodo y acompañado, haciéndome olvidar la soledad que arrastraba desde que me despedí de mi fiel amigo. Pero de repente un silencio sepulcral llenó, más aún que el ruido, la extensa masa de agua, y las aves de todos los tamaños corrieron a esconderse en la cobertura vegetal que ofrecían las orillas. Yo no entendía nada hasta que alcé la vista y, sobre la laguna, pude ver la intimidante figura de un aguilucho lagunero, una rapaz dueña y señora de los humedales

8 Aves asociadas a ambientes acuáticos. Reciben el nombre de su comportamiento, rebuscando alimento en el limo de las orillas.

9 Campos donde predomina el arbusto azofaifo, declarados como punto de importante biodiversidad.

10 Familia de aves semejantes a los patos.

que planeaba a baja altura con la mirada fija en el agua y sus orillas, a la espera de encontrar un despistado y desprotegido animal al que poder convertir en su comida. Era realmente imponente, con su cara de colores claros que contrastaban con las líneas oscuras que marcaban sus ojos, casi como una pintura de guerra, y todo esto acompañado de un vuelo lento, sin intentos de esconderse o pasar desapercibido, como sabiendo que tarde o temprano se le plantearía la oportunidad de atacar, y que no erraría la lanzada. Y así fue poco después, cuando un grupo de moritos, una especie de ibis de colores oscuros e irisados, decidió aterrizar en la zona sin percatarse de la ronda del lagunero, que cual coche de carreras pasó del planeo relajado a un rápido movimiento de sus prominentes alas para coger velocidad y lanzarse sobre el grupo, arrastrando en su vertiginosa caída a uno de los ejemplares hacia la cobertura de cañas, perdiéndose entre ellas para no emerger en lo restante de día... Tras el macabro espectáculo, la vida en la laguna fue volviendo poco a poco a la normalidad, sabiendo que este titánico emperador de los cielos no nos molestaría durante un tiempo.

Por la noche dejamos atrás el embalse y nos dispusimos a seguir el cauce del río, pasando por los exuberantes campos de Guercif, y evitando las montañas de Debdú, un pueblo que sirve de entrada al Plateau de Rekkam, una meseta elevada y desértica que corona esta zona de Marruecos. Nuestro camino se basaba en saltar de zona de cultivo en zona de cultivo a lo largo del cauce del río Muluya, disfrutando de la riqueza de estos puntos humanizados que nos ofrecían descanso y alimento. Y así, tras varios días subiendo el río, llegamos al alto Atlas, las grandes cordilleras del norte de África y uno de mis miedos aún sin superar, pues siempre que he podido he evitado subir más de la cuenta y he intentando buscar posibles soluciones de menor dificultad. Ante el desafío que se interponía entre nosotros y nuestro camino, decidimos descansar al sur de la mítica ciudad de Fez, en unos campos cercanos a una aldea bereber. La noche nos envolvió, y fue seguida por un amanecer lleno de dudas, pues aún no sabíamos si había una forma real de evitar las montañas. Fue entonces cuando vi un grupo de humanos jóvenes, que desde bien temprano habían estado pululando alrededor de una fuente y que entonces se alejaban unos metros para descansar

bajo la sombra de un achaparrado pero frondoso árbol de argán, importante recurso de la zona por su famoso aceite. Era el momento de aprovechar que se alejaban del agua para beber, y así nos acercamos a la fuente, coincidiendo con un colorido grupo de jilgueros, aves de fantástico canto que también querían saciar su sed. Fue entonces cuando un revuelo de plumas y un piar agónico nos sobresaltaron, pues los palos aprovechados por los jilgueros para percharse estaban recubiertos de una extraña sustancia pegajosa que impidió que algunos de ellos pudieran retomar el vuelo. Mi mente retrocedió hasta los bastos campos franceses, donde un anciano carricero nos contó viejas historias sobre caza de pájaros por el método de la liga, una forma cruel de atrapar a un ave utilizando un pegamento especial que en muchos casos arrastra la vida del propio animal. Rápidamente intenté suspenderme en el aire, con la suerte de no haber caído en la trampa, pero al ver a los humanos llegar corriendo entre gritos y risas no pude quedarme a ayudar a los fringílidos¹¹, obligado a alejarme raudo y dar por sentada la captura de los mismos. Está claro que de momento África nos estaba poniendo a prueba, y eran innumerables ya las ocasiones en las que sorteé la muerte de puro milagro.

No había tiempo de andarse con rodeos, y empujados por el miedo a los humanos, mayor aún que el vértigo de las montañas, nos dispusimos a cruzar los montes del Atlas. Conforme subíamos, parecía faltarnos el aire, y no era para menos, el conjunto montañoso que estábamos sorteando tenía su techo en el M'goun, cuya cima se encontraba a unos 4071 metros. La temperatura también se volvió un hándicap a batir, ya que variaba radicalmente entre las crestas soleadas y los valles sombríos, fatigándonos aún más de lo que el propio viaje nos agotaba. Pero con todo esto y al final de la tarde, alcanzamos el nacimiento del río Ziz, y con él la bajada de este alto cinturón que parecía separar dos mundos completamente diferentes, pues la paleta de ocre se homogeneizaba en un color arena rojizo infinito. Continuamos siguiendo el cauce entre aldeas hasta encontrar una gran masa verde: habíamos llegado a la periferia de la ciudad de Erfoud, en

¹¹ Aves de canto.

concreto al oasis de Tafilalet, una tierra prometida que sería un bálsamo ideal para nuestra dañada alma tras los acontecimientos de las últimas jornadas. Necesitábamos ese descanso para reponernos y poder enfrentar el resto del viaje.

A la mañana siguiente, mientras pululábamos por el oasis alimentándonos, conocimos a unos afables lugareños. Se trataba de un grupo de escribanos saharianos, una especie de la zona con un comportamiento parecido al que los gorriones tienen en Europa. Estos nos hicieron de perfectos anfitriones, enseñándonos los mejores lugares donde comer insectos de calidad, tomar un gustoso baño o descansar a la sombra de las palmeras. Así pasamos unos días, pero seguíamos sintiendo la necesidad de volar hacia el sur, empezaba a ser algo enfermizo de lo que no podíamos huir. Cuando preguntamos a nuestros nuevos amigos qué había más al sur, estos, asombrados, nos advirtieron que no nos habíamos enfrentado a nada parecido:

—Quedaos aquí, al sur solo encontraréis una calurosa muerte —aseveró un escribano.

—Pero... ¿hay lugares como este más al sur?

Extrañados y preocupados, se miraron.

—Los hay, pero el precio a pagar para alcanzarlos es alto; hablamos de semanas de vuelo sobre el Sahara, sin comida ni agua. Con días de infernal calor y noches que helarían a un pingüino (sea lo que sea eso). Solo los más valientes y preparados pueden llegar al Sahel.

Sahel, por primera vez oía este nombre, pero las plumas de mi espalda se erizaron, era ahí donde debíamos llegar, sin duda alguna...

—Y... ¿cómo llegamos al Sahel? —pregunté ansioso.

—Mira, si tan decididos estáis, solo hay una forma: seguid el cauce del río pasando por los desfiladeros entre las montañas, así llegaréis a la Gran Duna. Este es el punto de no retorno, pues solo queda volar y volar hacia el sur sobre el inmenso mar de arena hasta que volváis a oler el agua...

—¿El agua? Pero si el agua no tiene olor... —respondimos entre risas.

—Creednos, tras viajar sobre el Sahara, no hay olor más dulce que el agua. Y la notaréis, si tenéis la suerte de llegar tan lejos...

Tras esta enigmática y preocupante respuesta, nos despedimos de nuestros nuevos amigos y nos dispusimos a tomar camino, prometiendo volver algún día a su exuberante oasis para disfrutar de nuevo de su hospitalidad. Con la fuerza que da el haber superado mil barreras, comenzamos a volar entre los desfiladeros, algunos de ellos con fuentes de agua que emanaba de las paredes formando pequeñas explosiones de vida; otros tan estrechos que podíamos oír hasta el eco de nuestro vuelo. Y así llegamos a Merzouga, la Gran Duna, puerta del desierto..., un lugar mágico, donde la arena se confundía con las montañas y el día era silencioso. Comenzaba el punto de no retorno, como lo habían llamado los escribanos, y en nuestras cabezas resonaban sus advertencias vanas, pues poco podíamos hacer contra nuestro instinto migratorio que nos empujaba sin opciones hasta el Sahel.

Esa noche nos internamos en el desierto del Sahara, con tanto miedo como decisión por alcanzar, al precio que fuera, nuestro destino. En momentos así, de enfrentarnos a tan colosal enemigo, me acordaba de Robin e intentaba imaginarme qué diría él...

«Arena, Scirpy, solo es una playa grande, nada que temer...».

—Pero, Robin, el calor...

«Calor el que hacía en la bolsa del anillamiento, con esto tú puedes, y volverás para contarme cómo es la meta...».

Habría sido maravilloso tenerlo a mi lado, pero sabía que era demasiado duro, y que eso tenía que hacerlo solo. Y con el reconfortante recuerdo de mi amigo, pasamos la primera noche. Es cierto que las temperaturas bajaban, pero nos alivió comprobar que no era tan duro como nos dijeron los escribanos... Qué ilusos éramos, juzgando el viaje por una sola noche.

Esa tarde retomamos el vuelo antes que de costumbre. La razón era que no habíamos encontrado ni la protección adecuada para escondernos de los rayos de sol, ni el alimento necesario para que el paso de las horas fuera rentable. Así que, puestos a gastar nuestras energías, que fuera haciendo kilómetros. Y así pasó otra noche, y otro día, y una noche más, en las que solo pudimos aprovechar algunas ínfimas nubes de insectos que servían para mantenernos con vida, pero no para mantenernos fuertes... El frío de la noche empezó a hacer mella en nosotros y en nuestros cuerpos

desprovistos ya de la tan necesaria reserva calórica. Muchos de nuestros compañeros perecieron antes de la salida de sol, otros, agotados, no pudieron retomar camino, y el temor de que los escribanos no exageraran empezó a atemorizar a los que aún, y a duras penas, seguíamos en pie.

Tras tres jornadas más, solo quedábamos unos pocos del grupo, y la ausencia de agua nos estaba empezando a pasar factura. Con la salida del sol, y aún en vuelo, uno de nuestros compañeros, un mosquitero, empezó a gritar con voz seca y ronca:

—¡Agua!... Veo agua...

Acto seguido, se lanzó hacia la abrasadora arena, dándose un soberano topetazo con la misma y despertando de su ensoñación... Los espejismos como ese, alucinaciones causadas por el cansancio y los efectos ópticos del sol, nos atormentaron durante días, no sabría ni decir cuántos, hasta que no pude más... y me rendí.

Y pensar que había cruzado un continente y medio, para morir solo en un lugar como ese, una tumba de arena que silenciaría para siempre mi historia... Los recuerdos se amontonaban mientras mi acelerado corazón intentaba mantenerme con vida. Fue ahí donde, en soledad, me lamenté de haber sido tan osado, de pretender cruzar el mundo, yo, un pájaro de poco más de 12 centímetros... Pero entonces unos gorgoritos incesantes me devolvieron a la realidad. Unas aves de brillantes colores sobrevolaron lo que quedaba de nuestro rendido grupo. ¿Sería otro espejismo? ¿Podían existir aves tan bellas?...

De repente, bajaron hacia nosotros y pude ver que eran aún más llamativas de cerca, con colores amarillos, rojizos, turquesas..., largos picos y dos plumas que sobresalían de su cola, haciéndoles parecer cometas...

—¡Ey! ¡Chicos!... ¡Chiiicos! —gritó una de ellas.

—...

—¿Estáis bien?... ¿Cuánto hace que no descansáis y tomáis algo?

A duras penas pude contestar.

—Hace semanas... No hay nada en este desierto...

—Te equivocas... ¿Acaso no estáis siguiendo la ruta de los Tarayales?

—Tara... ¿qué? —pregunté extrañado.

—Madre mía... ¡Seguidnos! No está lejos.

Animados por la visión de aquellas coloridas aves, sacamos fuerzas para acompañarlas. Unos minutos más tarde nos frotamos los ojos con nuestras maltrechas alas. Era imposible... Frente a nosotros apareció una pequeña masa verde coronada por un taray acompañado por vegetación arbustiva que refrescaban el ambiente y nos ofrecían refugio. Además, gran cantidad de insectos se amontonaban en estos microoasis en mitad del desierto...

Tras un buen rato en silencio, devorando bichos y enfriando nuestros cuerpos, me atreví a preguntar qué eran:

—Nos habéis salvado, estamos muy agradecidos, pero... ¿qué sois?

—Abejarucos... —contestaron entre risas.

—Y ¿qué hacéis en mitad del desierto?

—Migramos hacia el Sahel, hasta llegar a las verdes praderas de Mali.

—Nosotros también vamos hacia allá, pero el camino es duro y nos está costando más de lo que creíamos...

—¿Vuestra primera vez? Entiendo... No conocéis el corredor verde, imagino...

—¿El corredor verde? —pregunté intrigado y avergonzado.

—Sí, es una autopista para cruzar el desierto, volando de tarayal en tarayal¹².

Por primera vez veía la luz al final del túnel. Según nos siguieron comentando, el desierto no tiene agua a la vista, pero sí bajo tierra, y donde esta es más superficial aparecen los tarayales, que son isletas como en la que estábamos, donde podíamos alimentarnos y reponer fuerza, captando también agua de los insectos que comíamos. Con esta valiosa información y tras descansar durante todo el día, nos pusimos de nuevo alas a la obra, siguiendo a nuestros salvadores por el famoso corredor verde. No solo se hacía posible cruzar así el desierto, sino que era tal la concentración de vida en estos lugares que empezamos a ganar peso, recuperando en pocos días las reservas del inicio del viaje.

¹² Bosque formado principalmente por tarays.

Y así, con la confianza de nuevo por las nubes, empezamos a creer que sí podíamos, que llegaríamos. Día tras día hacíamos más y más kilómetros, volando tanto de día como de noche, soportando las inclemencias de ese clima extremo, pero con la fuerza de quien se sabe cercano a la meta. Y así, tras innumerables semanas de sufrimiento, una mañana de noviembre noté algo raro en el ambiente, un olor que me acunaba, como devolviéndome al nido de la ribera del Elba, un olor embriagador y dulce... ¡Eso era! Recordé lo que nos dijeron los escribanos, solo podía ser eso. Con mis ojos vidriosos por la emoción y un escalofrío recorriendo mi cuerpo, lo grité:

—¡Aguaaa!

Mis compañeros empezaron a alborotarse...

—¡Sí! ¡Yo también la huelo!...

Y antes de darnos cuenta apareció frente a nosotros una inmensa mancha verde, como si un río, en lugar de verter al mar, lo hubiera hecho en tierra, creando una masa de vida que olía a destino. Y era precisamente lo que parecía, habíamos llegado al delta interior del río Níger, en Mali, un paraíso que se presentaba como un racimo de canales y lagos esperando nuestra llegada... Sin pensarlo, nos lanzamos a sus aguas. Nunca el sentimiento de calmar la sed había sido tan placentero y la sensación de haber cumplido con la vida tan completa.

El lugar era sensacional, la tierra prometida para las aves, con una variedad espectacular de ambientes en cada una de las islas que se formaban, o en los bosquetes ribereños. Me fascinaban los baobabs, árboles altos e hinchados, como un señor rellenito, que se mostraban como auténticos reyes del horizonte. No solo los pájaros disfrutamos del lugar, algunos animales terroríficos como los cocodrilos o hipopótamos surcan sus aguas, mientras que mis más osados congéneres se atreven a meterse en sus bocas en busca de alimento... Buaj...

La primera impresión del lugar fue chocantemente positiva, lo que me permitió tener el momento más relajante del viaje. Fue entonces cuando me pareció oír unas voces familiares, y alguien que me llamaba:

—¿Scirpy?... Scirpy, ¿eres tú?

Mientras me giraba, parecía que el tiempo se detenía, y todo ese viaje pasaba como un recuerdo fugaz frente a mí... Y entonces, al verlos, volví a ser aquel pollito miedoso, inocente y feliz... Mis hermanos... Aquellos con los que salí de Alemania y que fui dejando por el camino estaban allí, conmigo, como un colofón final que parecía decirme: estás en casa.

Uno de ellos me contó cómo fue enfrentarse a los Alpes y recorrer la península itálica para terminar cruzando a Túnez; mientras que mi otro hermano, tras separarnos en Cataluña, siguió camino por el interior de España, hasta el Estrecho de Gibraltar, desde donde saltó a África. Era impresionante que los tres hubiésemos vivido historias tan parecidas y diferentes a la vez, con un mismo origen y destino, pero anécdotas distintas que contar. Nos pusimos al día, y yo les conté todo sobre Robin, y cómo su amistad me ayudó y animó para llegar hasta allí. Ellos, por su parte, me comentaron todo lo que habían padecido en sus trayectos. Y así pasamos los días y semanas, en aquel paraíso que había dejado de mandarnos su llamada para abrazarnos con sus bondades, dando sentido a todo el sufrimiento vivido...

Unos meses más tarde...

Tras pasar un cómodo invierno en el Sahel, mis hermanos y yo estamos más fuertes que nunca, y con la subida de la temperatura, la llamada que antaño nos hizo viajar y que acallamos cuando llegamos aquí parece estar despertando. Es como si nuestro pequeño enea en el Elba nos susurrara al oído que volviéramos. Desde luego, estamos preparados para dejarnos llevar de nuevo por nuestros instintos, pero yo solo puedo preguntarme una cosa: ¿me reencontraré con Robin en el trayecto de vuelta?

Es hora de salir de dudas y cerrar el ciclo... He cruzado mares, montañas y desiertos; me he enfrentado a rápidos enemigos aéreos, ágiles cazadores terrestres y a la superdotada inteligencia humana; he conocido la amistad y la desesperación de perder al ser querido; un total de 4741 kilómetros de viaje... llegó el momento de continuar con la historia del que ha sido el viaje de mi vida...

Hoy he DISPARADO a UN ANIMAL

Padre, hoy he disparado a un animal.
Él ni siquiera me ha visto llegar.
Lo aceché, me arrastré y, cuando lo tuve a tiro,
no dudé y disparé, una y otra vez.

Padre, hoy he disparado a un animal
y lo volvería a hacer mil veces
de frente y de espaldas, directo a la cabeza.
El subidón de adrenalina mereció la pena.

Padre, hoy he disparado a un animal
y tengo ganas de mucho más.
Quiero dispararle de nuevo, no aguanto,
debo volver a ese lugar.

Padre, hoy he disparado a un animal
y me encantaría disparar a otros,
a sus hijos, a sus hermanos
y a cualquiera que pase por allí.

Padre, hoy he disparado a un animal
y voy a enseñar a mi hija a hacerlo.
Se que disfrutará, le encantará.
Va a ser mejor que yo, ya verás.

Padre, hoy he disparado a un animal
y ¿sabes qué? Podré hacerlo de nuevo
mañana y el mes que viene; yo y mis amigos,
al mismo, una y otra vez nos lo llevaremos a casa.

Padre, ¿sabes por qué?
Porque disparé con una cámara fotográfica,
disparé y vi como se perdía entre la maleza,
disparé de la única forma que se debería.

Padre, hoy he disparado a un animal
y volveré a hacerlo mil veces más.

Francisco J. Pérez Ruiz

EL SUEÑO DE DIOS

Si Dios creó al hombre
a su imagen y semejanza,
cuando creó a los pájaros
debió soñar...

Soñar con surcar el cielo
sin importar fronteras o muros,
y así, con aleteo seguro
alcanzar la libertad.

Soñar con mil colores
con los que su cuerpo decorar,
con plumas que los protegen
y les permiten flotar.

Y soñar bajo las estrellas
con su canto, arrullo de luna,
melodía de notas bellas,
dulce canción de cuna.

Por eso al hacer al hombre
Dios le puso realidad,
mas dejó flotar el sueño
para a los pájaros crear.

FRANCISCO J.
Pérez Ruiz



Nacido el 1987, en Melilla, maestro y naturalista melillense centrado en el estudio de las aves. Coordinador de la Sociedad Española de Ornitología (SEO/BirdLife) en Melilla y Presidente de la Sociedad de Estudios Ornitológicos de Melilla y Alborán Sur (SEO-MAS); anillador específico de Gaviotas de Audouin y anillador científico en formación por el grupo Rhodopechys de Almería; revisor de la plataforma de observación de aves eBird para Melilla.

Autor del blog ornitológico «El cabo de las aves» (elcabodelasaves.blogspot.com) y colaborador habitual en diferentes medios de comunicación, con una sección sobre ornitología en un periódico local, así como intervenciones en televisión hablando también de aves.

Miembro de la plataforma «S.O.S. Vencejos», encargada de la concienciación e información relacionada con el rescate de aves vulnerables víctimas de la acción humana. Formador en diferentes talleres de construcción de cajas-nido y creador del proyecto «La vida en cajas», que pretende atender de forma ecológica al control de diferentes plagas por medio del uso de nidales para fomentar el desarrollo de especies concretas de páridos.



Junta de Andalucía

Consejería de Agricultura, Ganadería,
Pesca y Desarrollo Sostenible

A vista de pájaro, bajo sus alas, vivimos sin percatarnos, la mayoría de las veces, de su presencia. Sabemos que están porque en los momentos más inesperados nos deleitan con su canto, posan seguras, humildes, naturales ante nosotros, o nos sorprenden con sus impresionantes nidos en las ventanas de nuestros hogares. Simbolizan el sueño de libertad, la belleza de la naturaleza, el paso de las estaciones, de las agujas del reloj. De tamaños, siluetas y colores dispares, inverosímiles, majestuosos, evocadores, las encontramos en todos los ecosistemas del mundo, a veces de forma permanente, otras de paso, para reproducirse, para descansar, para disfrutar del verano, para pasar el invierno. Nos protegen y no lo sabemos, nos previenen y no las escuchamos, nos enseñan y no aprendemos, nos liberan y las encerramos.

Con ellas surgieron las preguntas, los anhelos. En ellas encontraremos las respuestas para entender el mundo que creamos, que transcurre *bajo sus alas*.

ISBN: 978-84-122591-1-7



9 788412 259117

 Editorial SoldeSol



UN MUNDO *bajo sus ALAS*